

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Dios revela su “**designio de benevolencia**”

5 de diciembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El apóstol san Pablo, al comienzo de su Carta a los cristianos de Éfeso (cf. Ef 1,3-14), eleva una oración de bendición a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos introduce a vivir el tiempo de Adviento, en el contexto del Año de la fe. El tema de este himno de alabanza es el proyecto de Dios respecto al hombre, definido con términos llenos de alegría, de estupor y de acción de gracias, como un «*designio de benevolencia*» (Ef 1,9), de misericordia y de amor.

¿Por qué el Apóstol eleva a Dios, desde el fondo de su corazón, esta bendición? Porque mira su obrar en la historia de la salvación, que alcanza su cumbre en la encarnación, muerte y resurrección de Jesús, y contempla cómo el Padre celestial nos ha elegido antes aun de la creación del mundo para ser sus hijos adoptivos en su Hijo Unigénito Jesucristo (cf. Rm 8,14 s.; Ga 4,4 s.). Nosotros existimos en la mente de Dios desde la eternidad, en un gran proyecto que Dios ha custodiado en sí mismo y que ha decidido poner por obra y revelar «*en la plenitud de los tiempos*» (cf. Ef 1,10). San Pablo nos hace comprender, por lo tanto, cómo toda la creación y, en particular, el hombre y la mujer no son fruto de la casualidad, sino que responden a un designio de benevolencia de la razón eterna de Dios, que con el poder creador y redentor de su Palabra da origen al mundo. Esta primera afirmación nos recuerda que nuestra vocación

divina de tal modo que quedamos implicados en ella, divinizados. Dios revela su gran designio de amor entrando en relación con el hombre, acercándose a él hasta el punto de hacerse, Él mismo, hombre. Continúa el Concilio: «*Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Ba 3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía*» (ibíd.). El hombre, solo con su inteligencia y sus capacidades, no habría podido alcanzar esta revelación tan luminosa del amor de Dios. Es Dios quien ha abierto su Cielo y ha bajado para guiar al hombre a su amor insondable.

Escribe también san Pablo a los cristianos de Corinto: «*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios*» (1Co 2,9-10). Y san Juan Crisóstomo, en una célebre página de comentario al comienzo de la Carta a los Efesios, invita a gustar toda la belleza de este «*designio de benevolencia*» de Dios revelado en Cristo, con estas palabras: «*¿Qué es lo que te falta? Te has convertido en inmortal, en libre, en hijo, en justo, en hermano, en coheredero; con Cristo reinas, con Cristo eres glorificado. Todo nos ha sido donado y —como está escrito— “¿cómo no nos dará todo con Él?” (Rm 8,32). Tu primicia (cf. 1Co 15,20.23) es adorada por los ángeles (...): ¿qué es lo que te falta?*» (PG 62, 11).

Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la revelación, no es algo que se sobreponga a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo más íntimo el ser humano; y lo abre a una felicidad no momentánea ni limitada, sino eterna. San Buenaventura de Bagnoregio, refiriéndose a Dios, que se revela y nos habla a través de las Escrituras para conducirnos a Él, afirma: «*La Sagrada Escritura es (...) el libro en el cual están escritas palabras de vida eterna para que no solo creamos, sino también poseamos la vida eterna, en la cual veremos, amaremos y se realizarán todos nuestros deseos*» (Breviloquium, Prol.; Opera Omnia V, 201 s.). Por último, el beato papa Juan Pablo II recordaba que «*la Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir, si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios, que la mente humana no puede agotar, sino solo recibir y acoger en la fe*» (Encíclica Fides et ratio, 14)

en el mundo. A través de nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra caridad, Él quiere entrar siempre de nuevo en el mundo, y quiere hacer resplandecer siempre de nuevo su luz en nuestra noche.

*(**Saludo** a los peregrinos de lengua española y **llamamiento** ante la grave crisis humanitaria en el este de la República Democrática del Congo)*